

# Memoria y escritura

**E**l nombre de Pierre Jacomet, autor de ese libro-guía inolvidable que es "Un viaje por mi biblioteca", y, ahora, del primer volumen de sus "Memorias sin nombre", puede sonar a más de alguien demasiado extranjero como para imaginar que se trata de un tranquilo vecino de Reñaca al que puede divisarse casi a diario en el centro de Viña del Mar. Allí acostumbra parar en un café donde cada vez que coincidimos me acerco a saludarle. Cuando es él quien me ve primero se aproxima a mi mesa con cierto recato, al verme concentrado en un libro o en los apuntes de la clase que voy a dar poco más tarde. Pero vaya privilegio que un individuo como él se instale junto a ti para charlar un rato. Inteligente, culto, irónico, cordial, de juicio claro e independiente, Jacomet es un hombre formado tanto por la vida como por la lectura.

La vida no la ha tenido fácil. Padece el síndrome de Von Hippel-Lindau, una enfermedad que el propio Jacomet describe como "una rara forma de cáncer hereditario". Se trata de un mal pudiéramos decir "selecto", puesto que lo padecen no más de 15 mil personas en todo el mundo, y que el autor de estas memorias ha estudiado en profundidad. Estudiado en profundidad y llevado también con hombría y solidaridad, uniéndose, nacional e internacionalmente, a quienes también la padecen.

Graham Greene acostumbraba decir que escribía para poner algo de orden en el caos de la experiencia. Localmente, Carlos León confesaba que él escribía por la misma razón que el capitán estaba bien la carga para que su barco pareciera eso y no feria flotante. Dos afirmaciones que valen especialmente en el caso de las memorias, y también, desde luego, en las que examinamos aquí, porque Pierre Jacomet, volviendo la cara a su niñez y adolescencia, recorre situaciones y personajes para establecer cierto orden en

hechos que nunca pudieron tenerlo al momento de ocurrir. Y lo hace con pulcritud, cuidado y eficiencia propias más de un investigador que de un artista, como si los acontecimientos de esas etapas de su vida - múltiples, variados, desconcertantes- pertenecieran antes a una realidad por descubrir que a una existencia ya vivida.

Por otra parte, lo que se llama una buena pluma está presente en estas páginas. Buena pluma no para sustituir la realidad, ni tampoco para edulcorarla, sino para serle fiel y, sobre todo, para conseguir, hasta donde se pueda, una mejor comprensión de la misma. Porque una vida, la de cualquiera - y también la del autor de este libro- tiene siempre, bien mirada, una frondosidad comparable a



**Agustín Squella**  
Profesor de la  
Universidad de  
Valparaíso

la de esas tupidas enredaderas que observamos sin poder descubrir fácilmente dónde se halla el tronco que las sujeta a la tierra. Cuando esas enredaderas se desarrollan, tratamos de fijarnos hacia donde crecen, y rara vez buscamos desde dónde lo hacen. Es ese origen, creo, lo

que Jacomet sale a explorar, equipado con el recuerdo y la escritura.

La depresión, la dicha, el desgano, la fantasía, la esperanza, la frustración, la risa, el llanto, el amparo, el desamparo, la crueldad, el amor. Cosas así, potentes, comunes, contradictorias, hacen el amasijo de una infancia y adolescencia que el autor de estas memorias promete completar en un segundo volumen que narrará otras épocas, otros ámbitos. Un segundo volumen que conferirá presumiblemente al lector mayor seguridad al momento de poner él un nombre a lo que el autor se niega a nominar.